

CONVERGENCIAS Y CONTEXTOS

Fernández Moreno, N.

¿Por qué una antropología colonial de África?

Uno de los acontecimientos más significativos de la historia moderna fue la expansión europea a lo largo del siglo XIX por el resto del mundo. África, se hizo visible al mundo occidental, especialmente, desde que los traficantes de esclavos pudieron llevar a cabo legítimamente el comercio con seres humanos durante los siglos XVII al XIX. La etapa colonial que experimentó y sufrió el continente africano marcó el rumbo de esa época. El colonialismo fue, sin duda, decisivo en la configuración política y social del África contemporánea y fue clave también para el impulso de la industrialización y del capitalismo europeo y occidental. La dimensión de las transformaciones ocurridas y el corto espacio de tiempo en el que tuvieron lugar, no tiene precedente histórico. Es evidente, que todo este acontecer también abarcaba a las corrientes del pensamiento científico de entonces, a los postulados intelectuales y, en especial, al desarrollo del pensamiento antropológico, porque en aquel momento se vió necesario conocer más a fondo esos “otros” pueblos. África fue, para la antropología moderna, un campo de trabajo donde se puso en práctica una nueva metodología que produjo tales cambios en la forma de conocer, de comprender y en la producción de conocimientos teórico-etnográficos, que hoy se considera el punto de partida de la antropología como disciplina académica.

El capítulo primero del libro aborda las claves históricas para entender cómo se desarrolló el colonialismo político, económico y social que Europa impuso, en particular, a África y por qué se produjo en ese momento.

La historicidad de las sociedades africanas antes de tener contacto con Europa es, con frecuencia, ignorada a los ojos de occidente. Cuando los europeos irrumpieron en África desconocían, por ejemplo, que el comercio africano abarcaba mucho más de los pequeños enclaves europeos del litoral. Por ello, he creído pertinente comenzar con un breve repaso del contexto previo a la colonización. El texto de **Cortés** es una síntesis de las diversas culturas y la expansión de los suce-

sivos imperios que han ido poblando el continente antes de ser “redescubierto” por Europa. En él destaca la importancia de su actividad comercial y de los contactos con otros pueblos como germen de la formación de los Estados, los centros económicos, culturales y las complejas organizaciones políticas que tenían. Las divisiones internas que había entre muchas de estas sociedades, propició el lucrativo comercio de esclavos que existía entre los mismos africanos de los pueblos del interior y del norte de África. En este sentido, la lectura de **Mbaye Gueye** es particularmente interesante porque aborda esta faceta menos documentada de la esclavitud, aunque nunca adquirió la naturaleza y las dimensiones del comercio trasatlántico. La trata de esclavos a gran escala proporcionó tales beneficios a occidente que resultó muy difícil y llevó muchos años lograr realmente su abolición. **Abramova** expone en su texto las justificaciones en las que se apoyaba entonces la sociedad occidental, ajena al enorme desgarró que provocaba. Hubo de inventarse todo un aparato ideológico racial de entonces para degradar a buena parte de la humanidad hasta un estatus “cuasianimal” cuya explotación y exterminio, no suponía ningún cuestionamiento ético ni moral. Todo ello en favor de un progreso y de unas cuantiosas ganancias para las economías de las metrópolis. Esta explotación continuó en la etapa siguiente del colonialismo, pues conforme iban descubriendo las riquezas del continente en materias primas, se consideró más rentable expoliar sus recursos naturales y explotar a la población africana en su propio lugar de origen. “Las paradojas de la explotación colonial” de **Meillassoux**, analiza, desde la teoría marxista, cuáles son las causas de la explotación de la comunidad doméstica en sociedades africanas donde la producción se basa en una economía de subsistencia. Este texto, con el resto de trabajos que se incluyen en el libro, abrió paso a una reflexión en torno a cómo se habían ido constituyendo a lo largo de la historia las diferentes formaciones económicas y sociales. “Las paradojas de la explotación colonial” plantea de fondo algunas de las cuestiones que caracterizan el pensamiento de Meillassoux acerca de la dominación económica y de la articulación entre las economías tradicionales y capitalistas, entre el neocolonialismo e imperialismo o el desarrollo y subdesarrollo.

El siglo xx comienza, pues, con el reparto y ocupación del territorio africano para su explotación por parte de Europa, una colonización que se prolongará durante la primera mitad del siglo. El segundo texto de **Cortés**, se centra en el escenario político tras la Segunda Guerra Mundial y en las tensiones originadas como consecuencia de las repercusiones económicas que tuvo en las colonias africanas. Por otra parte, mi propio texto ofrece una síntesis de las diversas administraciones que pusieron en práctica los gobiernos coloniales y también aporta una reflexión a propósito de las categorías culturales creadas en torno a la construcción de una identidad africana que fue configurándose desde los movimientos intelectuales y políticos de liberación africanos. A mitad de siglo, tras la Segunda Guerra Mundial, comienza la descolonización política, este momento fue una etapa de inflexión y transición a las independencias de los países que culminó en la década de los sesenta. Las corrientes de pensamiento africano que surgieron a partir de estos movimientos de liberación como respuesta al escenario

político, económico y social que había dejado el colonialismo, tuvieron entonces su mayor protagonismo. Los textos de **Diagne, P.** y **Alpha. I. Sow**, ofrecen una exposición más amplia sobre los ideólogos y los conceptos centrales de estas corrientes como el panafricanismo, la negritud, etc. En la lectura de Alpha.I.Sow, también se hace una crítica al rumbo político que tomó el movimiento a finales de los años cincuenta; este mismo texto es un exponente de lo cuestionado que han sido estos movimientos por parte de los intelectuales contemporáneos africanos. Las críticas que recibieron se refieren a las categorías (también esencialistas y raciales como lo fueron las occidentales) en las que se basan las doctrinas de ese “renacer cultural africano”.

Por otra parte, las corrientes de pensamiento europeas y la ideología política a principios del siglo XX, ofrecieron a la antropología una oportunidad para desarrollarse como disciplina. Inmersa en esta confluencia de avatares político-sociales y de intereses económicos, la antropología entra en escena, cuando a los regímenes coloniales les resultó difícil controlar las sociedades africanas. El ejemplo más evidente de ello fue el tipo de gobierno colonial británico conocido como “indirect rule”, basado en el apoyo sobre un determinado sector de la población indígena que, en su comunidad, cumplían el rol de intermediario entre el gobierno colonial y las autoridades locales. De manera que, tanto los regímenes coloniales como los estudiosos e intelectuales de esa época comenzaron a tener un gran interés por comprender mejor las costumbres y los pueblos que gobernaban para mejorar su control sobre ellos.

Desde finales del siglo XIX hasta este momento, que gira entorno a los años veinte, los informes antropológicos y las investigaciones etnográficas sobre otros pueblos, fueron realizadas por misioneros y “comisionados” de la administración al amparo de las expediciones geográficas que por entonces se realizaban. En algunos casos, fueron también los etnólogos quienes proporcionaban información a los antropólogos, que en realidad eran más bien “teóricos de gabinete”, tal y como se les ha venido llamando después. En los estudios antropológicos de finales del XIX y principios del XX, no había una conciencia crítica acerca de las consecuencias de la expansión colonial, pues la orientación de las investigaciones se confundía con los intereses del poder colonial. Los antropólogos servían a las misiones y a la administración; de hecho, muchos etnógrafos formaron parte de la administración colonial, de manera que, conscientes del contexto en el que realizaban su trabajo, no cabía cuestionarse la dominación ni la concepción occidental sobre los pueblos africanos.

Durante el período de expansión colonial, entre 1920 y 1945, la antropología experimenta también una expansión académica y una profesionalización: el trabajo de campo adquiere gran relevancia, hay una gran producción teórica, el ámbito de interés gira entorno a las instituciones indígenas, a la organización y al funcionamiento de estas sociedades y proliferaron los estudios etnográficos, en concreto sobre África, en los que se trataba de ordenar y codificar los conocimientos adquiridos sobre aquellas culturas. La década posterior de 1950 son años

de inestabilidad política y social, de mucha actividad por parte de los movimientos de liberación africanos y del comienzo de la independencia de algunos países. Hasta entonces, la antropología (como disciplina reflexiva y crítica, tal y como hoy la percibimos) no se había cuestionado su implicación con las estructuras de poder de la dominación colonial, ni había reparado en la influencia que podía ejercer tanto el tipo de administración como los intereses de la metrópoli (estabilidad, explotación de recursos y desarrollo) en las actitudes y en la mirada de los antropólogos hacia los pueblos colonizados. Tampoco se reflexionaba sobre cómo condicionaba este contexto colonial a los objetivos de la antropología a sus postulados teóricos.

Sin embargo, en torno a la década de los cincuenta, se produce un cambio muy significativo y comienza un período de reflexión en y sobre la disciplina; se busca desvincularse de la antropología colonial, aparecen las primeras críticas sobre la incidencia del colonialismo y la denuncia de sus injusticias, fueron el centro de todas las movilizaciones políticas. A lo largo de los años sesenta, década de las independencias, decae el interés por los sujetos de estudio exótico de las excolonias y se produce una crisis a consecuencia de la “desaparición” del objeto tradicional de estudio de la antropología. Las investigaciones antropológicas se volcaron, entonces, hacia el ámbito urbano, en concreto, de la región central de África. Se elaboran etnografías en Zambia, Zimbawe y Malawi, impulsadas por la escuela de Manchester, bajo la dirección de Max Gluckman. La independencia de África puso en evidencia que no se había tenido en cuenta el contexto político y económico en el que la antropología había investigado. Como afirma Leclerc (1973): La “situación colonial” de la antropología sólo ha aparecido con la descolonización del tercer mundo. En la década de 1970 y años posteriores, continúa el debate acerca de los intereses políticos de la dominación occidental y de la colaboración de la antropología en la elaboración de “construcciones culturales” sobre las sociedades no occidentales; la discusión se centra en la complicidad entre antropología y colonialismo y el rechazo de concebirla como una ciencia nacida del imperialismo occidental. A lo largo de los años ochenta, en esta misma línea, el estudio sobre cuestiones de poder y de hegemonía fue, incluso, central. De manera que, este cambio, reflexión y debate que la antropología ha venido experimentando con el tiempo, ha resultado también muy fructífero en cuanto a la producción de teorías, al replanteamiento metodológico y a su práctica.

El papel desempeñado por la antropología en la historia del colonialismo y viceversa así como la teorización acerca de lo que supuso el contacto colonial se aborda, magistralmente, en el segundo capítulo de este volumen, con el texto de **Leclerc** “Antropología y colonialismo”¹. Este libro, del cual reproducimos una serie de capítulos (a veces íntegros y otras sólo extractos), es buen exponente de la crítica de los años setenta. Su inclusión en este volumen tiene un doble inte-

¹ Para un estudio más completo de las relaciones entre antropología y colonialismo consulte el anexo de Bibliografía recomendada.

rés, en primer lugar, rescatar un texto clásico ya descatalogado, y por tanto, de difícil acceso, y por otro lado, porque su análisis ilustra una perspectiva diferente a la habitual en los debates de entonces. En este sentido, Leclerc trata de mostrar, a partir de la relación entre el proceso colonizador y la disciplina antropológica (el funcionalismo de la antropología clásica), que la implicación de la antropología con las estructuras de poder se produce tanto desde el nacimiento de aquella y en su desarrollo como en la función que cumplía. Pero también, la intención de libro va más allá, porque aporta una espléndida reflexión de otro aspecto muy interesante al poner de manifiesto las contradicciones intrínsecas propias del colonialismo entre la ideología colonial y la realidad colonial. El texto de Leclerc también incluye dos cuadros-resumen muy ilustrativos: el primero de ellos, es una síntesis cronológica de los acontecimientos más relevantes de la colonización con las etapas del imperialismo desde 1772 hasta 1960. El segundo de ellos, es un cuadro de las instituciones y de las obras antropológicas más relevantes desde 1750 hasta 1964.

No cabe duda, que todos los trabajos antropológicos realizados durante la primera mitad del siglo XX, estuvieron dirigidos desde y para mejorar la administración colonial, sin embargo, no dieron el resultado esperado en este sentido, porque, en realidad, aquellos trabajos tuvieron una escasa aplicación institucional. Como afirma Asad (1991)²: el rol de los antropólogos en el mantenimiento de las estructuras de la dinámica colonial, ha sido trivial, proporcionaba unos conocimientos demasiado esotéricos para ser aprovechados por los gobiernos y eran muy escasos comparados con la enorme información acumulada por los misioneros, mercaderes y administradores. Si bien es cierto que los antropólogos se ofrecieron como expertos, en realidad tuvieron una mínima repercusión en la administración colonial. Sin embargo, la influencia del colonialismo en la antropología fue decisiva en un doble sentido: primero, porque éste fue central para la recopilación y el análisis de formas de vida diversas; y porque la práctica y el discurso del colonialismo formó parte de la percepción con la que los antropólogos comprendieron aquella realidad. Así pues, aunque la relación entre colonialismo y antropología no fue tan útil políticamente para la administración colonial como pretendía, sí lo fue intelectualmente. La primera parte de este libro concluye en el tercer capítulo con el incuestionable avance que supuso el período entre 1920 y 1950 para la antropología: la producción de una serie de monografías y de teorías según las diferentes corrientes que fueron cruciales en la historia de la disciplina. Este capítulo incluye también un texto breve y un cuadro de **Achola. O. Pala**, que recoge los trabajos realizados sobre la posición que ocupan las mujeres en las economías africanas. Es una síntesis muy interesante para ilustrar la evolución de

² ASAD, T. 1991. From the History of Colonial Anthropology to the Anthropology of Western Hehemony. En: Stocking, G.W. Colonial Situations. Essays on the contextualization of ethnographic knowledge. Vol.7. History of Anthropology. University of Winsconsin Press. England.

la antropología porque además, ofrece información acerca del tipo de estudios, método, escuelas e interés que persiguen los trabajos.

En las siguientes páginas se aborda con mayor detenimiento estos aspectos que, someramente, he apuntado para entender la relación entre África y la antropología, no sólo porque aquella fuera el laboratorio de la antropología moderna del primer cuarto del siglo XX, sino porque África resulta de gran interés también como sujeto y objeto de atención y reflexión para la antropología en tanto que condensa un intrincado conjunto de dinámicas confrontadas: políticas y económicas (de dominación, rebelión, dependencia), de reconstrucción (de identidades) y de representaciones (de la modernidad y de la tradición).